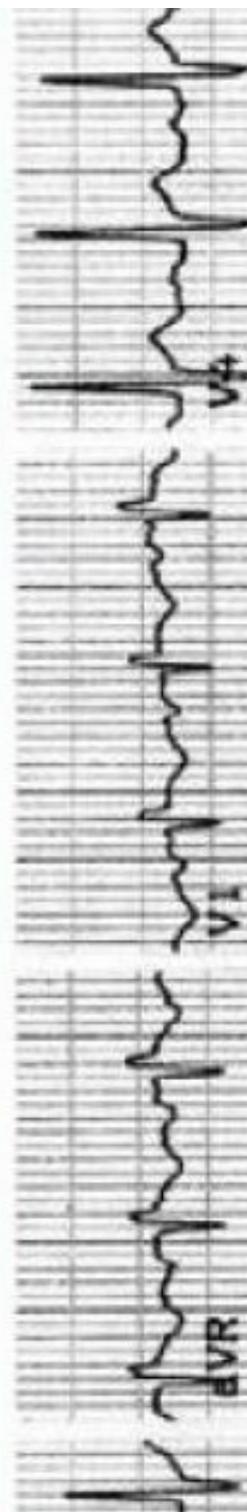


Y NO ESTABA MUERTO, NO-NÓ...

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Y no estaba muerto, no-nó...

No se está mal aquí, no. Todos estos días me han estado cuidando, lavando, cambiando el pañal que me ponen cuando me cago porque no controlo los esfínteres, y ya me han advertido que no se me pasará, que son cosas de la edad; y me dan de comer, de beber, hala, tómese este zumito que son las seis y, yo, que no tengo nada que hacer, pues me lo tomo. Normalmente, de piña. Otras veces, me leo una novela del Oeste. Y si no..., pues mano sobre mano, sin nada que hacer.

Algunas veces, vienen enfermeras y me dicen que me van a hacer un poquito de daño porque me van a poner una vía nueva que la otra se me ha cerrado, o se ha infectado, no sé, yo de medicina no entiendo apenas y, bueno, sí, un poco de daño sí que me hacen pero soy de buen conformar y no me quejo, no protesto, quizás algún gesto de dolor hago que no puedo evitar y ellas me dicen que vaya quejicas que estoy hecho, que sólo es un pinchacito de nada. Lo bueno de todo esto es que yo no me tengo que preocupar de estos temas porque ellas me lo hacen todo. De todas maneras, tampoco sabría colocarme una vía de esas, ni qué inyectarme después para curarme de..., de esto que me pasa y que me tiene postrado en la cama, porque no me acuerdo qué me pasó, ni cuándo.

Y luego, antes de irse, miran mis constantes vitales, golpean con la uña en la válvula de ese líquido que me meten por la vía ésta que llevo en el brazo, levantan las sábanas para verme la pirula a ver si está bien, pero no sé cómo me la van a ver si está envuelta con la compresa, bueno, no, que miran también a ver si voy limpio, porque como no me entero de cintura para abajo..., pues no sé lo que mi cuerpo hace por ahí, ni sé si se me pone brava cuando las veo entrar a ellas, tan buenotas con sus uniformes verdes, y entonces pues me da apuro que me la puedan ver en semejante estado y me adivinen, con ese gesto involuntario de la pichulina, lo que pienso de ellas.

Pero ahora noto que el *bip..., bip..., bip...* ése, como de nave espacial que hacía un televisor pequeño que tengo a un lado, sobre mi cabeza colgado, que se ha parado y que, en su lugar, sólo dice *biiiiiiiiiiiiiiii....*, porque se habrá estropeado, supongo. Y de repente, se ha presentado corriendo y con cara de susto, una que se llama Elena que es muy simpática y responsable, ha mirado la pantalla y luego, a mí, siguiendo con una cara como de que no puede ser, si estaba tan bien, y me mira los ojos con su linterna, buscando no sé qué, ella sabrá, y sale corriendo hasta el puesto de control, gritando, doctor, doctor, que el paciente de la

504..., que no responde.

Ese paciente debo de ser yo, y no sé a qué tenía que responderle si no me ha preguntado nada.

Ahora entra otra y hace lo mismo que ya acaba de hacer Elena. Y al poco, mientras esa otra (Soraya, se llama) sigue trasteando los aparatos que tengo a mi alrededor, llega el doctor con Elena, quienes vuelven a hacer lo que también Soraya acaba de hacer pero, así, sin darme ninguna explicación, ninguneándome del todo.

Me apartan la ropa de mi cama y comienza el doctor a presionarme sobre el pecho, como a golpes. Una, dos..., itres!. Una, dos..., itres! Una... bueno, varias veces. ¡¡Ponle una dosis de... (no sé qué)!!, le dice a Soraya mientras sigue intentando romperme el esternón. Es que tengo mala memoria para los nombres de las medicinas y no sé cual le ha dicho que me ponga.

Como me gustan los masajes..., pues no me importa. Por mí, que hubieran seguido más rato, pero..., no, que se para el doctor y dice que no hay nada que hacer, que ya se veía venir el colapso multiorgánico que me ha dado. No entiendo.

Yo, les digo que no, que estoy bien, que no me duele nada, y que tampoco tengo ninguna queja ni del hospital, ni del personal, al revés, contento. Las comidas..., bien, sencillas, pero bien. En el desayuno, hasta cuatro galletas maría me ponen. Si en casa sólo me como dos..., ¿cómo me voy a quejar?

No me oyen y siguen hablando entre ellos de que hay que avisar a mi familia porque no hay ninguno presente. Qué raro, dicen. Pero, a ver..., que es normal, que debo de llevar aquí mucho tiempo y, al principio, mi hermana la casada sí que se quedaba conmigo por las noches. Pero ella tiene su vida y ya me decía que total, qué falta te hago yo aquí cuando te lo hacen todo. Y tenía razón, así que ya sólo viene alguna tarde.

Mis sobrinos..., no van a venir a ver a un tío solterón y viejo, si al final no van a encontrar nada donde rascar, con una mala pensión que me ha quedado porque coticé muy poco mientras tuve la tiendecita de reparación de pequeños electrodomésticos cuando ya a la gente le dio por no reparar sino comprar nuevo mejor, porque decían que era más barato, eso, que reparar.

Ahora, con tanto revuelo, entra a verme el de la cama de al lado, que había ido a pasear en pijama por el pasillo de la planta, acompañado de su esposa. Digo que será su esposa, porque sus modos son de eso. Qué suerte tener mujer en estos casos, aunque sea tan reprochona como la que tiene, que nada la viene bien y que le dice que si está malo es por su

culpa, tanto fumar..., tanto fumar, aunque lo de la artrosis de la rodilla ya le han repetido cien veces los médicos que no es cuestión de si fumar o no. Aunque si se quitara, mejor. Pero, bueno, que para estar solo cuando uno no está bien, mejor, mal acompañado.

Así que ahí están los dos frente a mí, mirándome con cara de pena y diciendo pobre, en la flor de la vida y con lo bueno que era. Igual es que me he vuelto malo, y no me he dado cuenta, vete a saber. A una tía mía, ya le pasó eso cuando se trastornó por la cosa del riego, y se volvió arisca, mordiendo la mano a los que querían darle de comer.

Ya vuelven los que me atienden, con el doctor incluido, y les dicen al matrimonio que esperen afuera, que me tienen que preparar y que va a venir mi hermana. Imagino que también mi cuñado. Sus hijos, no creo, tendrán cosas más importantes qué hacer y que, total, aunque vayamos..., tampoco se curará el tío Florencio por eso, pensarán. Son prácticos los jóvenes de hoy en día.

A mi hermana, la quiero, a ver..., es mi hermana, pero es muy pesada también recordándome la mala vida que llevé en aquella tienda de barrio, donde me pasaba horas y horas porque si no, no me salían las cuentas. Y ella, insistiéndome que tenía que tomar el sol, porque el sol nos da la vitamina D, que fija el calcio en los huesos. Igual tenía razón y ahora me veo así por mi mala cabeza. Pero yo, allá, destripando planchas, minipimers, tostadoras, batidoras..., despreocupado totalmente por la vitamina D y sus consecuencias benéficas.

¿Y qué dirá mi cuñado cuando vea que les habrán hecho venir, para nada? Pues no dirá esta boca es mía porque se escudará en que, él, es un mandao. Yo, como ya nací muy soltero, pues no he conocido lo que es tener una mujer que te oriente en esta vida y te asesore sobre lo que puedes hacer, o lo que no. Seguro que mi cuñado tiene la vitamina D por las nubes y, el calcio, atornillado a los huesos con ella. Bueno, no voy a hablar, porque si hubiera estado casado, igual era yo peor que él o, mínimo, como los demás.

Se retira el matrimonio, con el hombre en pijama cojeando. Soraya, la enfermera, coge por el brazo a Conchita, su presunta señora, que está desconsolada porque aunque no éramos nada, pues que en estos ocho días de convivencia cama con cama, que me había cogido mucho cariño y era yo, ya, como un hermano para ellos. Pobre Florencio, no somos nada.

Le digo al doctor que a qué viene tanto jaleo, que si es que ha pasado algo. ¿No se me habrá rebotado la compresa porque llevaba unos días con el vientre algo ligero y no me entero porque tampoco ya noto ni los olores?, me pregunto porque al no comprender lo que ocurre, pues me

voy haciendo mis propias composiciones de lugar.

Pero el doctor no hace ningún caso a mis palabras, como el que oye llover, que sí, que él sabrá mucho de medicina pero tampoco hay que ser tan engreído y hay que tener más endogamia..., no, no era "endogamia", tener más..., ay..., ahora no me sale la palabra exacta, tener más... iempatía!, eso, empatía quería decir, y le veo que sólo presta atención a los aparatos, me vuelve a auscultar, me pone la mano en la frente, mientras Elena, la otra enfermera que también está muy buena, me saca la aguja de la vía y la tira a un recipiente donde se ven al trasluz, otras agujas desechadas.

Tapadlo, les dice el médico. Este hombre, es que no se entera, de verdad, va a lo suyo..., a lo suyo..., y al enfermo, que le den. Vaya cambio que han dado en el trato hacia mí, así, de la noche a la mañana. A ver, que si se me ha escapado la..., eso, bueno, ya... sabéis a qué me refiero, pues que no es culpa mía, que son mis esfínteres que van a su bola. Que llamen a una auxiliar y que me limpie, si están para eso. Pero que no venga la gorda que, esa, tiene mala hostia y la última vez, me puso a parir porque me tenía que cambiar hasta las sábanas, guarro, más que guarro, que hay que saber pedirlo, que tiene Vd. un botón junto a la cama, coño, lo aprieta si tiene ganas de cagar y venimos, joder, que no cuesta tanto. Pero no, el señorito culocagado tenía ganas de joderme el café con las compañeras charlando ahí junto a la máquina, porque sabe a qué hora nos lo tomamos y, hala, Manolita, límpiame el culo que me dejo hacer.

Después, a ver quién tiene ganas, tras el espectáculo éste, de tomarse un café a gusto. Si tuvieran que pagar por limpiarlos, seguro que los esfínteres les funcionarían de puta madre. El tío guarro cómo me tiene la cama, por Dios..., por Dios..., qué ganas tengo de que me toque la lotería e irme al Caribe que me iba a comprar tres negros para mi sola.

Así que si ha de venir la gorda, que me dejen como estoy que, a las 7 de la mañana, cambian el turno de las auxiliares y, el resto, son más llevaderas.

Soraya y Elena, cada una por un lado de la cama, extienden la ropa y me tapan cabeza y todo. Se deben de pensar que tengo frío. Si en vez de imaginárselo, me preguntaran a mí, yo les diría si tengo frío o no. El caso es que hasta hace poco podía mover los brazos, porque de la cintura para arriba no tenía ningún problema pero, ahora..., si no me los noto. ¿Estaré tonto?

Tampoco puedo mover la cabeza, voy de mal en peor, y con la ropa tapándome la cara, pues que ya, ni veo. Oír, sí, que les oigo. Y hablar, también, que les grito que tengo más bien calor que otra cosa, pero,

nada, ni caso.

Bueno, cuestión de esperar. Ya se cansarán de tenerme así. Y cuando me traigan la cena, me tendrán que destapar, digo yo. Esta noche, hala..., otra vez el puto puré de patata, sí, como el de ayer; y no soples, Florencio, que no quema ya; y tortilla francesa con una loncha de jamón de York. De postre..., la manzana de cada noche, que son muy buenas para facilitar el tránsito y posterior evacuación si se comen con piel. Como se entere la gorda que me dan manzana... y sin pelar..., la lía.

Con esta penumbra que se filtra bajo la ropa de la cama que me cubre por completo, me está entrando un sueñecito..., que no sé si me van a encontrar despierto cuando venga mi hermana y su marido, si es verdad que les han avisado para que me vengán a ver. Interés humano, en este hospital..., ya no se puede tener más. No en todos avisarían a la familia para que vengán a ver a su familiar ingresado, pobre, que les echa en falta. Otros, dirían, a mí qué, si quieren venir, que vengán, que ya son mayorcitos para saber cuáles son sus obligaciones. Qué sopor me está entrando..., por Dios..., no creo que aguante...

¿Qué pasa ahora? Demasiada luz tan de pronto, que me han deslumbrado con los fluorescentes del techo. A quién se le ocurre quitarme toda la ropa de la cara, así, de repente. Ah..., claro, que sí, que han venido.

Me alegro de verles, qué amables, mi hermana, mi cuñado, y los sobrinos con sus mujeres. Les digo hola y aunque todos me están mirando, sin sonreírme siquiera, tampoco me contestan. Están serios, como si se hubieran enfadado en grupo, conmigo. Mi hermana, se seca las lágrimas con un pañuelo de papel y me mira, y atiende al doctor que le explica algo. Me vuelve a mirar, se seca otras lágrimas, y vuelve a atender las explicaciones del médico. Se habrá emocionado de verme.

Y es que siempre ha sido una sentimental a la que cualquier cosa le afecta mucho. Pero vamos, que me estuvo viendo anteayer y a lo mejor es que no ha dejado de echarme en falta. De toda la vida, ella, sin mí, no podía pasar. Como sólo nos llevamos año y medio, pues a todos los efectos, como si fuéramos gemelos. Que yo subía..., ella, subía. Que yo bajaba..., ella, bajaba. Y yo, parecido también sobre lo que ella se pusiera a hacer. Bordar, no, que nunca quise bordar. Yo era más de destripar la máquina del tren para ver los mecanismos que la hacían avanzar por las vías, con sólo darle cuerda. Luego, indagando, veías que no tenía nada de mágico su movimiento.

Supongo que de la curiosidad ésa por cómo funcionaban los juguetes mecánicos, a ponerme la tienda aquélla en la que nunca daba el sol..., había sólo un paso. "FLORENCIO-Reparación del Pequeño Electrodoméstico", decía el cartel de la tienda. Y al principio, entre los 70

y los 80 del pasado siglo, era el puto amo reparando lo que ya os he dicho. Pero aspiraba a más, así que amplié el negocio con el duplicado de llaves y afilado de cuchillos, montando, además, en un apartado de la tienda, un discreto videoclub. Películas guarras, sobre todo.

Era..., dinero fácil. Y uno, que estaba soltero y joven, con un cuerpo predispuesto al pecado ése que nunca sale gratis, pues... hale, a gastar a lo loco porque parecía que aquella tienda era un pozo inagotable. Pero como decía el viejo tango, mi caballo murió, mi alegría se fue.

Y el negocio aquél, por un exceso de oferta porque cada dos tiendas, una era similar a la mía..., pues acabó en hambre para todos. En fin, recuerdos del pasado que me han hecho desviarme de este presente de ahora mismo, que me está mosqueando porque no entiendo qué les pasa a todos: es como si Florencio, no existiera.

Ley de vida, le dijo Conchita, la mujer del señor cojo con pijama, mi vecino, a mi hermana que por alguna razón lloraba desconsolada. Ya sabemos lo que pasa, señora, que siempre se lleva Dios, a los mejores. ¿Qué edad tenía, si no es curiosidad? Ochenta y dos. Ah..., pues aún parecía más mayor, tan pálido él y con esa piel como de marfil transparente, pobre. Fumaría, claro. Mi marido, hace igual, ya puede ver Vd. cómo va, cojo perdido. Es muy cabezón, muy cabezón: que de algo hay que morir y que es el único vicio que tengo, me repite. Algo de razón sí hay en ello, porque el pobre, si no sale de casa con la rodilla ésa que lleva. Manos mal que, el lunes, ya me lo operan. A ver.

¿Cómo que aún parezco más mayor? Y me lo dice así, en toda mi cara. ¿Se habrá visto ella, que se parece a Sor Catafalco de la Cruz? Ya quisiera su marido tener la agilidad que yo tengo, que me voy a bailar todos los sábados al Centro de Día de Las Fuentes porque aún hay alguna titi... todavía aprovechable. Y se arriman, se arriman..., en cuantico tocan pasodobles. Porque de casadas, sí, son todas unas muermos pero, en cuanto enviudan, se echan las tetas para arriba y..., hala, a ver qué pillan por el Centro de Día ése. Ninguno de allá estamos como para tirar cohetes, pero si nos ponen "Bailando twist" del Dúo Dinámico, ahí salgo yo el primero y se me van las caderas, solicas. El del pijama, se moriría de envidia y más, cuando viera a mi alrededor a todas las marchosas del lugar dándole, incluso con sus taca-tacas.

Ahora se acerca mi hermana y se pone su cara junto a la mía. Yo le saludo y le pregunto que qué pasa, que a qué tanto alboroto, que a ver si se van a enfadar las enfermeras y os echan a todos al pasillo porque ya lo dicen: máximo, dos visitantes por paciente, para evitar precisamente esto que está pasando. Pero no me debe de oír. Nada extraño porque siempre ha estado un poco sorda a resultas de un petardo que estalló a su lado en

las fiestas patronales del pueblo, cuando era una niña.

¿Por qué lo hiciste..., por qué...?, me pregunta ahora gritando a pesar de lo cerca que se ha puesto para hablarme. Y los otros, flipando.

¿Qué hice, de qué? le pregunto porque no sé de qué me está hablando. Arturo, uno de mis sobrinos, se acerca a ella y la coge por el hombro como para querer llevársela, diciéndole que ya no es momento de pedir explicaciones del pasado, para las que no tendré respuestas, insiste. Arturo, es el razonable de la familia. No en vano es ingeniero.

¡Sí...!, ¿porqué te quedaste con el dinero de la libreta de los papás cuando fallecieron en el accidente con su Renault 8 recién estrenado en aquellas vacaciones...?, sí, que arramblaste con todo el dinero que tenían antes de que se lo quedaran los del banco, que me dijiste. ¿Por qué...?

Pero si eso pasó hace 50 años, a qué viene ahora sacar los trapos sucios familiares en estos momentos, qué van a pensar el cojo del pijama y su señora, o mis sobrinos que seguramente no sabrán nada de aquél... pecadillo de juventud. Nadie somos perfectos y yo, pues tenía ganas de tener mi propio negocio, mi tienda de reparación del pequeño electrodoméstico y, como necesitaba financiación, la tentación... pues fue tirar de ese dinero que estaba esperándome allí, huérfano también, antes de que los del banco se pusieran quisquillosos con que si los herederos, y nos dijeran eso de...: "¡quieto aquí este dinero, que hay que dilucidar antes de tocar una perra!".

La idea mía, y se lo dije a mi hermana 40 veces, era el devolvérselo con las ganancias de la tienda porque, moralmente, ella era propietaria al 50% y si no ocurrió así, tal cual yo se lo pintaba, fue por ese afán mío de... perra que cogía, perra que me gastaba en putas. ¿Qué culpa tengo yo de que el instinto me llevara por el mal camino? Y lo fui dejando..., lo fui dejando... y cuando ya el cuerpo les regaló calma a mis carnes, el negocio no daba de sí y tuve que cerrar sin devolverle aquél préstamo que... fue a traición, lo reconozco. Pero la voluntad de reponérselo, nunca me faltó. Ay... las putas..., las dichosas putas... ¡cuánto mal han hecho a los hombres, Dios mío, cuánto mal...!, que te hacen perder el norte, y te seducen con su sexo fácil y sin más compromiso que pagar lo convenido.

Y ahora que ella me lo ha recordado aprovechando que estoy desvalido, postrado en esta cama por que he tenido un fallo multiorgánico que ha dicho doctor, que él sabrá lo que significará, pues que no me salen palabras de defensa a la que hasta los más malos de los malos tienen derecho, que alegan arrebatos pasionales, trastornos pasajeros de la personalidad, que si traumas de la infancia o problemas con el alcohol.

Pero yo, no, no voy a alegar sino la verdad: que fueron las putas, y no de las baratas, que por ahí yo no pasaba. Porque eso es lo malo, que se

convierte todo en un triste mercadeo de la carne y que cuanto más buena está, más te cobra. Ahí..., ahí tenía que meter mano el gobierno y regular eso de alguna manera. Mi perdición fueron esas buenas porque, yo, a las malas, ni me las miraba. Si me pedían 100..., 100 que les daba. 500..., pues 500. Y 1.000..., también, si me veía muy apurado sometido a la presión de las urgencias ante la calidad.

Bueno, chica, no te lo tomes tan a pecho, que aún no he dicho que no vaya a pagarte. Soy consciente de que te debo un dinero. Ya es un punto de partida. Peor son esos que se niegan a pagar, ni reconocen deuda ninguna. No es mi caso. Que en la primera primitiva que me toque..., toma, ahí tienes tu dinero. ¿Soy..., o no soy cabal? Si yo, a mi edad..., paso con cualquier cosa. Así que coge tu dinero y..., puerta.

Lo que pasa es que yo, aunque mi hermana no me lo ha dicho, sé que quiere el dinero para dárselo a los hijos y que las nueras estén contentas con ella. Y no te empeñes, Anselma, que por mucho que te esfuerces, que no estarán nunca contentas aunque les dieras la Luna, que te lo dice tu hermano.

El médico otra vez. Calla a ver qué les cuenta ahora, que todo se lo negocian entre ellos y a mí, ni una palabra: pero..., aquí ¿quién es el enfermo..., ellos, o yo? Pues no señor, allá que se lo cuchichean todo.

¿Y ahora..., este cura..., de dónde lo han sacado...? Mi hermana, quién la ha visto y quién la ve, haciéndole una genuflexión cuando ha entrado, tanto votar a Felipe González después de asistir a todos los mítines que podía, en los que estuviera él diciendo aquello de "porque lo socialít-ta..." y te contaba el cuento de la lechera con la de cosas que iban a hacer, cuando mi negocio de reparación del pequeño electrodoméstico ya estaba empezando a declinar, anunciando el cambio en estas tiendas de barrio por culpa de las grandes superficies y de los chinos que, se quitaron el tristón traje Mao y empezaron a fabricar mucho, y muy barato. Tan barato..., que dejaron a Florencio, en la ruina. Las putas, y los chinos: ahí se jodió España, y conmigo dentro.

Aquí en frente mío tengo al cura, que ni buenos días me ha dicho. Bisbisea unas palabras (sólo he entendido algo del Espíritu Santo), y venga a hacer cruces en el aire, con su cara, eso sí, muy compungida, como de estreñido, siguiendo con su rollo en voz baja del que no me estoy enterando de nada. Y los demás, hasta mi cuñado, ahí están... contestando a todo que amén. Y se santiguan tantas veces como lo hace el cura éste.

Ahora, de unas latitas que lleva, se unta los dedos en algo que parece aceite o grasa de bicicleta, y no se le ocurre otra cosa que con esos dedos pringosos, empieza a hacerme cruces por la cara. Ahí sí que no, y le grito, pero cabreado ya del todo, porque he llegado a mi límite y me desahogo

con el clásico ése de:

"¡¡¡Váyase Vd., a la mierrrda. A la mierrrda...!!! ¿Más claro...?"

¿Creéis que se ha dado por afectado u ofendido...? Qué va..., él, a lo suyo. Pensará, tú di..., di lo que quieras, que cuando acabe con la función..., apararé el cazo..., y a por el siguiente enfermo. Haciendo caja que se dice... ¿sabes...?

Qué razón tiene el refrán ése de... a los ricos no les pidas, y a los pobres no les des, ni tengas tratos con curas..., que te joderán los tres. Pues eso.

Así me lo imagino, porque otra cosa no se explica de su indiferencia ante mis palabras cargadas de mala leche. Y..., "chis-pún..., fin de trayecto". Terminado el cruce por el aire y por mi cara, no sé qué me dice de que me absolve de mis pecados y que adiós muy buenas. ¿Pero qué pecados..., chico..., si hace un montón de tiempo que no me como un rosco. Y si lo dice por las perras de mi hermana, pues ya he dicho que sí..., S-Í, que se las pagaré, que no somos para un día y que la vida da muchas vueltas, no seas tan cansina Anselma, que ya te he reconocido la deuda: por activa y por pasiva. Y antes me quedo sin comer, fíjate bien, que te quedes tú sin cobrar. Por éstas. Iba a darme un beso en la cruz que pensaba formar con los dedos pulgar e índice, para que se convenciera de que hablo en serio, pero como no me funcionan los brazos..., pues que no sé si mi hermana se va a fiar en lo de cobrar la deuda, únicamente por la vehemencia y entonación que he puesto en mis deseos por pagarle.

Adiós, hermano..., no tardaremos mucho en juntarnos otra vez y para siempre, me dice ahora llorando, añadiendo que cada sofocón es una nueva puñalada que recibe de la vida y que, a ese paso, no durará mucho en este mundo. Pues si es como hasta ahora en lo de juntarnos..., sí, vendrá mañana aprisa y corriendo, me traerá dos magdalenas de pueblo que venden en la tiendecilla de debajo de su casa, y habrá cumplido. Y el día siguiente..., otro tanto. Que estoy de esas magdalenas "de pueblo" que tanto me recalca..., hasta el gorro.

Y ya, todos me dicen adiós con sus manitas como si yo estuviera subido en algún expreso a punto de emprender el camino hacia Madrid, como cuando viajar era una rareza y la familia toda venía a la estación a despedirse. Y salía el tren aquél con la máquina bombeando humo negro por su chimenea, mientras veías cómo se iban quedando todos los del grupo de despedida pequeñitos en el andén quienes, ya que estaban allí, aprovechaban para tomarse un café en la cantina, porque era un lugar de lo más entretenido, con tanta gente entrando y saliendo cargados de

maletas, bultos, y jaulas con gallinas. Bueno, imágenes de otra época.

Yo, por educación, les he correspondido de palabra, ya que de obra me sigue siendo imposible, y les he dicho adiós y hasta la vuelta, mientras Elena y Soraya, trabajando codo con codo, vuelven a colocarme la ropa de la cama, tapándome entero. Qué manía. Pero aunque no veo..., me entero de todo.

Buenas tardes... ¿los familiares de D. Florencio García de la Torre..., son Vds.?, oigo una voz de mujer, preguntando.

Mi hermana, la más familiar de todos, contesta que sí, que para servirle. Soy su hermana, ¿qué deseaba?

Mire, que soy, Matilde Ariza, de la compañía El Ocaso, que nos han avisado del luctuoso suceso de D. Florencio, cliente nuestro desde 1945, y vengo para preparar todo lo relativo a sus pompas fúnebres y facilitar los trámites administrativos posteriores, hasta donde él tenía contratado, que no era mucho, por cierto. Dos coronas básicas, y la caja..., pues de contrachapado lacado en negro por fuera, y poli-piel por dentro, sin crucifijo ni nada. Y el coche, de lo más discreto. Es que parece ser que nunca quiso aceptar las subidas de tarifa para adecuarlas a los incrementos en los costes de todos esos elementos, con lo que nos hemos visto obligados a ir rebajando la calidad y los complementos.

Todo lo que Vds. quieran mejorar para una más decorosa despedida, lo tendrán que sufragar Vds.

Me ha parecido que lo que decía la vendedora de El Ocaso, es de lo más razonable. Pero, ahí, ha saltado mi hermana hecha una furia porque lo de soltar perras, cuando sólo piensa en recuperar las que yo, vencido por la tentación, cogí de la cartilla de mis padres, pobres, y le ha dicho...

¿Sufragar..., yo...? Ni una perra, señorita, ni una perra. Que vengan las putas a las que tanto sufragó él con la rapiña que nos hizo a todos cuando mis padres murieron, y que le pongan una caja con maderas nobles de oriente, y coronas de tulipanes rojos. Y mejor..., no quiero hablar..., no quiero hablar, porque cuando pienso en todo aquello..., me desbarato. Y no es el lugar adecuado. Si sólo cotizó para tener un funeral de 5ª..., pues que lo tenga de 5ª, ¿estamos...?

Vale. ¿Enterramiento o incineración? La incineración va aparte pero, a la larga, sale más barato que el nicho. Y pueden conservar las cenizas en el recipiente que les entregaremos (los hay de todos los precios), en el armario del comedor de la casa. La mayoría opina que les reconforta mucho su presencia en el estante, y que les hace compañía. Pues..., eso:

que si enterramiento, o incineración.

Y ya oigo a mi hermana, cada vez en tono más sarcástico que lo está pagando con la Matilde Ariza de El Ocaso, que ninguna culpa tiene:

Por mí..., mucho lo quería, pero si lo tiraran al río, tampoco se perdería gran cosa. Pero como los ecologistas a todo le ven pegas, pues mejor que lo incineren y pagaremos lo que sea necesario. Y la urna con sus cenizas..., ya se las llevaré al puticlub "Valparaíso" de la carretera de Logroño, que era donde estuvo abonado hasta no hace tanto, y donde más lamentarán la pérdida del que fuera tan buen cliente. Qué cabrón..., qué cabrón..., con lo que tuve que coser en casa para sacarme algún dinero extra para llegar a fin de mes, mientras el D. Florencio que Vd. dice, dándole gusto al cuerpo en vez de devolverme lo que me pertenecía.

Esta Anselma..., qué tinte de rencor le noto en sus palabras. Pero si a la del Ocaso, ni le va ni le viene: ella querrá venderle alguna póliza de algo, y si te gusta se la compras y si no, lo siento, no me hace falta, gracias, muy amable. Ella recoge sus bártulos y se marcha a por el siguiente posible cliente porque si no vende, igual... ni cobra. Pero no, Anselma..., con su raca-raca de las putas, algo que pertenece ya al pasado.

Ahora se despide la vendedora, una vez concretados los servicios para cuando me muera y parece que están todos de acuerdo. Yo, también. Una vez muerto..., igual me puede dar, 8, que 80. El sarcasmo ése del puticlub "Valparaíso"..., sobra, creo yo. Eso es, ya, hurgar en la herida y con saña, sabiendo que la estoy oyendo. A ver en qué concepto me va a tener la Matilde Ariza, si me tiene que atender cuando fallezca, Dios no lo quiera. Aunque con la edad que tengo..., nunca se sabe.

Hala, Anselma..., que ya se tienen que ir saliendo porque tenemos que preparar la habitación para algún otro enfermo, que esto es un no parar: detrás de uno..., otro; detrás de uno..., otro, como si la Seguridad Social no tuviera un presupuesto al que atenerse y, lo que hablamos muchas veces entre las compañeras: joder, si no se puede atender más que a 100 enfermos porque la vaca no da para más, pues que el resto..., que se busquen la vida porque, para las vacaciones, bien que no escatiman en gastos ni en paellas de chiringuito. Oye, Fulano, que para eso estamos de vacaciones, que aquí vengo a descansar y a tocarme el chichi todo el día. Y por 30€ que nos cobran por el arroz..., no merece la pena estar esclavizada en el apartamento.

Y me parece muy bien, no lo discuto, pero meter a 200 presuntos pacientes, cuando sólo hay presupuesto para 100..., malo. Al final, 200 mal atendidos y nosotras..., a matabalho.

Venga..., vayan saliendo, es ley de vida..., peor es cuando le toca a una criatura, o una madre que deja siete hijos pequeños, eso sí que es gordo. ¿Pero esto...? No, esto es, normal. ¿Para qué vivir tanto si ya no nos damos cuenta ni de que estamos vivos, porque ya estás medio lelo? Pues entonces...

Vds. también, salgan, que ya le dejaremos volver a su cama cuando hayamos acabado con Florencio. Espero que no tenga frío sólo con ese pijama. Si no, tiene la bata en su armario, por si se la quiere poner. Vd. verá pero, de momento, al pasillo también. Es que, ahora, vamos a llevarnos a este señor a otra sala y le vamos a arreglar un poco, así que aquí, este rato, tenemos que tener un poco de intimidad. Pero tardamos poco.

Se debe de estar refiriendo a mi compañero de habitación y a su mujer. Hasta ahora, dice la mujer y oigo que salen.

Otra vez veo. Elena y Soraya, me retiran la ropa de la cara y las veo a ellas, tan guapetonas. Qué pena tener esta edad mía, porque están de toma pan y moja.

Oye..., no has cerrado la puerta con cerrojo. Podría entrar cualquiera, eh..., Sorayita. Le acaba de decir Elena.

Pero... ¿tú quieres..., ahora? Bueno, vale, cinco minutitos y nada más.

Soraya cierra la puerta con el cerrojo y se dirige hacia su compañera.

Qué desvergonzada te estás volviendo, Elena: mira que Florencio lo ve todo, que es como Dios. Joder..., qué ganas tenía de estar contigo a solas, aunque sea tan poquito rato...

A ver..., a ver... ¿Estoy entendiendo bien lo que va a pasar aquí...? Pero, sí..., sí..., estoy entendiéndolo, ya lo creo, si se están besando ese par de bombones. Vamos..., que aquí hay tomate... y del bueno. Si le está desabrochando Elena, ahora, la chaquetilla a Soraya... Esto se está poniendo..., pero qué muy bien. Y las muy zorronas..., no creáis que se cortan un pelo porque yo las esté viendo, para nada. O igual eso es lo que quieren, que las mire. Joder..., qué espectáculo me están atizando sin pudor ninguno... Vaya, vaya..., con la Elenita, con lo mosquita muerta que parecía...

¿Me quieres, Soraya...?

Mucho. Y me gustas, más... Te voy a comer el...

iBip...!

¿Qué ha sido eso..., tú lo has oído...?

iBip..., bip...!

Sí, ellas lo han oído y, yo, también. Parece el sonido del televisor mío, el que parecía que se había estropeado...

iBip..., bip..., bip... bip-bip-bip...!

Las chicas, se quedan mirando a la pantalla, me miran a mí, que yo no he hecho nada, les digo, a mí..., que me registren, quitado el rumor éste de carnes desperezándose bajo la compresa.

Ahora, las dos, se recomponen la ropa aprisa y corriendo, se atusan el pelo, y miran cómo la línea plana de la pantalla se ha puesto a dar saltos con cada bip que escuchan, ya, sin vacilaciones. Se miran entre ellas, no creyéndose qué es lo que están viendo con sus propios ojos y giran sus cabezas hacia mí, haciéndome sentir culpable de no sé qué. Y sin darme cuenta de que sí que puedo mover los brazos otra vez, me subo el embozo hasta la nariz, como diciéndome a mí mismo, tierra..., trágame.

Y quitando el cerrojo, abren la puerta, y salen corriendo por el pasillo, gritando:

iDoctor..., doctor...: que no estaba muerto..., no-nó..., que no estaba muerto, no-nó...!

iBip-bip-bip-bip-bip...!, sigue la máquina cada vez más animosa como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

iAivá, Dios..., la que he liao...! ¿A que me como yo el marrón éste...?

F I N

(se recomienda a nuestro estimado público que pueda estar atacado por baja autoestima o depresión, tengan a bien escuchar a Peret, junto con Marina "Ojos de Brujo", interpretando la canción "El muerto vivo", como método para salir de esos tóxicos estados de la vida. Disponible, gentilmente, en Google)

